

Editorial

Entre los desafíos sociales más urgentes, el cambio climático que afecta al planeta y la situación de crisis de los jóvenes en el mismo, tienen algunas cosas en común, como por ejemplo ambas son globales y se relacionan con la futura supervivencia de la humanidad.

Pero lo más importante, es que ambos desafíos por diferentes motivos, muchos de ellos relacionados entre sí, han revelado que más que políticas de desarrollo, vivimos el “desarrollo” de las crisis del desarrollo, pensado y puesto en práctica por políticas públicas obsoletas o directamente por ausencia de ellas, en función de una confianza ciega en el mercado.

Los jóvenes junto a muchos otros, ya no pertenecen ni a una clase, ni son proletarios ni obreros ni hijos de aquellos, son parte en la mayoría de los casos, del difuso conjunto de una multitud “excluida” a escala global y nuestra región (iberoamérica) no es la excepción a la regla.

Pero no se trata solamente de incluirlos sino de que también es preciso pensar el devenir y la calidad del lugar de la inclusión donde se pretende incorporarlos.

El término multitud que tanto está de moda que en sus tiempos angustiaba a Hobbes y entusiasmaba a Spinoza, hace referencia a un masivo proceso de “desinserción social” que viene de larga data y que no puede reprocharse a un único gobierno, ni reducirse a una región en emergencia, porque es un fenómeno global y multidimensional.

Pero es preciso tomar conciencia de algo que los jóvenes, en distintas partes del planeta comienzan a vivir y que en nuestro país empieza a observarse, que corresponde a la situaciones de una sociedad a merced de catástrofes recurrentes.

En este sentido, como ha sucedido tantas veces en la historia de la humanidad, un pueblo se disuelve en multitud por causa del impacto recurrente de las catástrofes sociales, políticas, económicas y ambientales.

En efecto, las consecuencias de estas catástrofes que se producen en un relativo corto tiempo, no sólo impactan en las instituciones hasta transformarlas en simulacros o ruinas, sino que también dañan profundamente la trama dinámica, intangible y singular del ethos de una colectividad organizada.

De esta manera se corre un serio riesgo de encontrarnos en un mercado sin comunidad y en una circulación de la moneda sin riqueza y dinero. Donde el ciudadano es reducido a la figura de consumidor y ahora en las Sociedades del Conocimiento emergentes, a “prosumidor”. En estas condiciones las sociedades se transforman en un taller de miserias en vez de aspirar a ser fábricas de humanidad.

Las viejas políticas del desarrollo centradas nada más que en la productividad y el mercado perciben a la sociedad como una cigüeña parada en la mitad de su humanidad, la mitad material y depredadora, sin comprender el costo humano que ello significa y a su vez, los riesgos que se generan, incluso para la propia sustentabilidad del mercado.

En este contexto, nuestro país debe asumir la parte que le toca en este proceso global y en función de ello, definir estrategias locales basadas en una conciencia de mutabilidad de su entorno y en la necesidad de consensuar garantías de gobernanza sobre la base de un nuevo tipo de desarrollo, porque no basta con declararse posmoderno y renegar de las posibles alternativas que implica salir de una visión subdesarrollada del desarrollo.